



HWANG BO-REUM

BIENVENIDOS A LA LIBRERÍA HYUNAM-DONG

EL FENÓMENO COREANO QUE HA DADO LA VUELTA AL MUNDO

HWANG BO-REUM

BIENVENIDOS A LA LIBRERÍA
HYUNAM-DONG

¿Qué caracteriza a una buena librería?

Un hombre daba vueltas fuera de la librería. Encorvándose ligeramente, ponía una mano sobre sus ojos para protegerse de la luz y miraba a través de la ventana. Había confundido el horario de apertura y llegó demasiado temprano. Mientras caminaba hacia la librería, Yeongju reconoció al hombre que le daba la espalda. Era un cliente asiduo que acudía dos o tres tardes por semana, siempre vestido con traje de negocios.

—Hola.

Sobresaltado, el hombre volteó con rapidez. Al ver a Yeongju, bajó las manos y se enderezó sonriendo con timidez.

—Por lo general vengo en las tardes. Es la primera vez que estoy aquí a esta hora —dijo.

Yeongju sonrió.

—No sé a los demás, pero sin duda me provoca envidia que su trabajo comience a la hora del almuerzo —bromeó el hombre.

—Me lo dicen a menudo —rio ella.

El hombre desvió la vista conforme sonaban los bips del código de entrada que ella marcaba en el teclado y no se dio la vuelta sino hasta que escuchó el clic de la cerradura. Su rostro se relajó cuando miró a través de la puerta entreabierta.

Abriendo de par en par, Yeongju volteó a mirarlo.

—Olerá un poco... a aire nocturno y libros. Si no le molesta, es bienvenido.

El hombre dio un paso hacia atrás moviendo las manos.

—No, no. Estoy bien. No quiero molestarla, sobre todo fuera de sus horas laborales. Volveré más tarde. Oh, cielos, ¿no hace mucho calor hoy?

Ella sonrió ante el gesto considerado y no insistió más.

—Es apenas junio y me estoy asando —respondió entonces, sintiendo los rayos del sol quemando la piel de su brazo.

Yeongju se detuvo en el umbral de la puerta y miró a la figura del hombre alejarse antes de entrar a la librería. En el momento en que puso un pie dentro se relajó como si su cuerpo y sentidos disfrutaran el confort de volver a su lugar de trabajo. En el pasado, ella solía creer con fervor en mantras como *pasión* y *poder de voluntad*, como si al fijar estas palabras en su mente de algún modo pudiera otorgarle sentido a su vida. Pero un día se dio cuenta de que se sentía como si estuviera arrastrándose hacia una orilla y decidió nunca volver a dejar que estas palabras dictaran su vida. En vez de esto, aprendió a escuchar a su cuerpo y sus sentimientos y a estar en lugares felices. Se hacía a sí misma estas preguntas: ¿este lugar me hace sentir positiva? ¿Aquí puedo estar en verdad completa y ser yo misma sin compromiso? ¿Me amo y atesoro aquí? Para Yeongju, la librería marcaba de manera positiva todas las casillas.

Era, en efecto, un día agobiante, pero antes de prender el aire acondicionado necesitaba sacar el aire viciado del día anterior y dejar entrar el aire fresco. «¿Cuándo escaparé del pasado? ¿O es esa una tarea fútil?». El hábito irrompible de la negatividad asomaba su fea cabeza para desmotivarla, pero ella se apresuró a alejarlo con pensamientos felices.

Conforme abría una a una las ventanas, entraba un aire cálido y húmedo. Abanicándose con una mano, miró la tienda. En su mente se amontonaron las preguntas. Si esta fuera su primera visita, ¿tendría fe en las recomendaciones de los libreros? ¿Cómo

logra una librería ganarse la confianza de los clientes? ¿Qué caracteriza a una buena librería?

Se imaginó a sí misma entrando por primera vez. «Probablemente miraría con emoción esa pared», pensó. Las estanterías iban del suelo hasta el techo y estaban atestadas de novelas. «No, espera». Se atrapó a tiempo. No todos, incluso si son fanáticos de los libros, disfrutan la ficción. Era algo que había aprendido después de entrar a trabajar a la librería Hyunam-dong. «Aquellos a quienes no les gustaba el género quizá ignorarían la pared por completo», reflexionó.

La pared de novelas de la librería era su propia manera de completar el círculo de su sueño de infancia. En el colegio, la pequeña Yeongju atosigaba a su papá para que llenara las cuatro paredes de su habitación con libros de cuentos. Cada vez, su padre la reprendía, diciéndole que no debería de ser tan codiciosa, ni siquiera con los libros. Ella sabía que no estaba enojado y que solo intentaba terminar con el hábito que tenía de hacer berrinches para conseguir todo lo que quería. Aun así, solía explotar en llanto ante la firme negativa de su padre y más tarde, cansada de llorar, se acurrucaba en su pecho y dormía en sus brazos.

Alejándose del estante contra el que estaba recargada, Yeongju caminó hacia las ventanas y cerró una por una, empezando por la de siempre, la que estaba hacia la derecha. Con la última ventana cerrada con firmeza, prendió el aire acondicionado y puso su álbum favorito: *Hopes and Fears* de Keane. El lanzamiento del álbum había sido en 2004, pero ella acababa de descubrir a la banda británica el año anterior. Fue amor a primera escucha. Desde entonces, lo ponía prácticamente a diario. La voz lánguida y soñadora llenaba el aire mientras comenzaba un nuevo día en la librería Hyunam-dong.

Está bien dejar de llorar

Yeongju se sentó en su escritorio al lado del mostrador y revisó su correo para consultar los pedidos en línea. Lo siguiente era revisar la lista de pendientes que había preparado la noche anterior. Era un hábito que tenía desde la preparatoria y que conservaba en su vida adulta: escribir todas las tareas que debía hacer al día siguiente empezando por la más importante. Años más tarde aún mantenía el hábito, aunque con un propósito diferente. Su versión más joven quería gobernar sus días con mano de hierro; ahora Yeongju se relajaba con las listas. Recorrer las actividades en las que necesitaba trabajar le daba la confianza de que tendría otro día bien aprovechado.

Los primeros meses tras la apertura de la librería se olvidó por completo de las listas y del resto de sus hábitos. Cada día pasaba entre un torbellino de complicaciones, como si el tiempo se hubiera detenido de golpe. Antes de abrir la librería había sido aún peor, como si hubiera habido algo succionándole el alma. O tal vez lo más adecuado sería decir que no se sentía ella misma en lo absoluto.

Solo había una cosa en su mente.

«Tengo que abrir una librería».

Aferrándose a ese pensamiento, obligó al resto de asuntos a salir de su cabeza. Por fortuna era del tipo de persona que logra disciplinarse cuando tiene algo en lo que concentrarse. Era el

ancla que necesitaba. Se involucró de lleno en el proceso. Eligió una ubicación, encontró una propiedad adecuada, se ocupó de los arreglos y muebles y compró la mercancía. En medio de todo incluso se certificó como barista.

Fue así como nació la librería Hyunam-dong en el barrio residencial del mismo nombre.

Al comienzo dejaba la puerta abierta y no hacía nada más. Los paseantes entraban, atraídos por la atmósfera acogedora del lugar. Pero en realidad la librería era como un animal herido, quejándose débilmente. Las pisadas de los visitantes disminuyeron pronto. Era la imagen de Yeongju sentada en una silla, con el rostro tan gris que uno se preguntaba si aún había sangre corriendo por sus venas: entrar a la librería era una intrusión a su espacio privado. Recibía a todos con una sonrisa, pero nadie se la devolvía.

La madre de Mincheol, una mujer bien parecida y con un sentido de la moda ostentoso, estaba entre las pocas personas que sentían la sinceridad de su sonrisa.

—¿Quién querría entrar a una librería como esta? Vender libros también es un negocio. ¡Mírate encorvada en esa silla! ¿Crees que el dinero caerá del cielo?

Dos veces por semana, la madre de Mincheol asistía a clases de dibujo y de chino en el centro comunitario del barrio. Después de sus clases se dirigía a la librería para ver cómo estaba Yeongju.

—¿Te sientes bien hoy? —preguntó la madre de Mincheol con un dejo de preocupación en la voz.

—Siempre estoy bien. —Yeongju sonrió débilmente.

—¡Aigoo! Todos por aquí estaban felices de tener una librería, pero luego ven a esta joven anclada a su silla con semblante de haber perdido un tornillo, ¡como si perteneciera más bien a un hospital! ¿Quién se atrevería a entrar? —exclamó la madre

de Mincheol mientras sacaba una cartera brillante de su bolso elegante.

—¿Solo he perdido un tornillo? Oye, no está tan mal —dijo Yeongju.

La madre de Mincheol soltó una carcajada.

—Un americano helado.

—Estoy tratando de ser menos perfecta, más humana. Creo que ha sido contraproducente —dijo Yeongju inexpresiva.

—Mmm. ¿Alguien te dijo que amo el buen sentido del humor?

Yeongju presionó los labios de manera que formaran una línea recta y arqueó las cejas como si dijera: «Por favor, saca tus propias conclusiones», a lo que la mujer respondió frunciendo el ceño con una expresión divertida. Se apoyó contra la barra y miró a Yeongju preparar su café.

—Yo también he pasado por algo similar —dijo en voz baja para sí misma—. Mi cuerpo se cerró y me sentía agotada. Después de dar a luz a Mincheol hubo un periodo de mi vida en el que viví como si estuviera enferma. Estaba enferma. Mi cuerpo estaba adolorido. Pero lo que no podía entender era por qué también me dolía la mente. Ahora que lo pienso, es probable que fuera depresión.

—Su café está listo.

Yeongju estaba por ponerle una tapa al vaso de café cuando la madre de Mincheol le apartó la mano. En su lugar, tomó una pajilla y se sentó en una mesa; Yeongju se sentó frente a ella.

—Lo peor era tener que actuar como si estuviera bien cuando no lo estaba. Lloraba todas las noches y sentía lástima de mí misma porque no era capaz de hablar de mi dolor. Me pregunto si las cosas habrían sido diferentes si hubiera sido como tú, sentada ahí y dejando ir todo lo demás. Las lágrimas no se dete-

nían, pero, ¿sabes?, cuando tenemos ganas de llorar es importante dejar que todo salga. Reprimir las lágrimas solo hace que las heridas sanen más lento.

La madre de Mincheol hizo una pausa ante el silencio de Yeongju, y de un solo trago se bebió todo el café helado.

—Qué envidia —añadió—, me da envidia que tengas el espacio para hacerlo.

Durante los primeros meses Yeongju también había llorado hasta más no poder. Dejaba que las lágrimas fluyeran, pero si entraban clientes se secaba los ojos y los saludaba como si no pasara nada. Nadie decía nada sobre su rostro manchado por las lágrimas. Nadie le preguntaba por qué lloraba; tan solo asumían que debía de haber alguna razón. Yeongju sabía muy bien por qué lloraba. Durante un largo tiempo —tal vez toda su vida— había una sombra que la hacía llorar.

Nada había cambiado. La razón, atrapada en el pasado, seguía exactamente igual. Pero un día Yeongju se dio cuenta de que las lágrimas se habían detenido. Ese momento —saber que estaba bien dejar de llorar— se sintió como si le hubieran quitado una piedra muy pesada del pecho. Los días de sentarse indiferente en su silla iban disminuyendo, pues cada mañana se sentía un poco más esperanzadora que la anterior. Aún no tenía suficiente energía para hacer más por la librería, pero comenzó a leer con voracidad de nuevo.

Era como si hubiera vuelto a los días de lectura desde el amanecer hasta el anochecer; reía mientras apilaba más libros, frunciendo el entrecejo en concentración mientras daba vuelta a las páginas. Volvía a ser la pequeña Yeongju, la que leía durante las comidas ignorando los regaños de su madre; volvía al júbilo de leer incluso cuando sus ojos protestaban. «Si puedo volver a experimentar esa felicidad una vez más, tal vez me será posible empezar de nuevo», pensaba.

Hasta la secundaria, Yeongju había sido una lectora ávida. Sus padres estaban siempre ocupados y la dejaban leyendo en un rincón de su casa. Una vez que devoró todos los libros de su colección, comenzó a ir a la biblioteca. Amaba los libros. Las novelas eran sus favoritas, pues la llevaban a expediciones a través de distintas tierras y mares desde la comodidad de su hogar. Cuando tenía que obligarse a volver a la realidad —arrancándose de los dulces sueños lectores— se le oprimía el corazón. Pero no necesitaba sentirse triste demasiado tiempo, solo tenía que abrir el libro para volver a sumergirse en sus aventuras.

Leer en la librería vacía le traía de vuelta los recuerdos de su infancia y sonreía. Se le ocurrió, mientras se frotaba los ojos con las palmas de las manos, que ya se le había pasado la edad para participar en un maratón de lectura. Parpadeó varias veces antes de volver a la página. Como si intentara enmendar una amistad rota de su infancia, se sumergió en los libros noche y día, sin despegarse nunca de su lado. No pasó demasiado tiempo para que sanara su anhelada relación. Los libros la recibieron con los brazos abiertos sin juzgar el tipo de persona en que se había convertido y la aceptaron tal y como era. Como una persona bien nutrida que hacía tres buenas comidas al día, se volvió más fuerte. Un día, al levantar la cabeza de las páginas, se encontró mirando a la librería con ojos más claros y una mente más aguda.

«Necesito hacerlo mejor que esto».

Yeongju buscó recomendaciones de libros y trabajó duro para llenar las estanterías medio vacías. Cada que leía un libro anotaba sus pensamientos en una tarjeta y luego la metía entre las páginas. Para aquellos que aún no leía, recolectaba las opiniones de críticos literarios, reseñistas y lectores que encontraba en línea. Cuando los clientes le preguntaban por un título que no le era familiar, se aseguraba de buscarlo. Nada de esto

lo hacía por las ganancias; su prioridad era crear una librería que se viera y se sintiera como tal. Sus esfuerzos dieron frutos gradualmente. Los habitantes cercanos dejaron de lanzar miradas dubitativas a la librería; los más astutos incluso notaron los cambios. Cada vez que entraban la librería parecía un poco más cálida, un poco más acogedora y proyectaba un encanto magnético sobre los caminantes que pasaban cerca. El cambio más importante fue el de Yeongju. Ya no existía la chica de la librería que ponía nerviosos a los clientes con su rostro lleno de lágrimas.

La librería comenzó a recibir visitantes de vecindarios cada vez más lejanos. La madre de Mincheol estaba fascinada de ver rostros desconocidos que buscaban en las estanterías.

—¿Dijeron cómo encontraron la librería?

—Por nuestro Instagram.

—¿La librería está en Instagram?

—Sí. ¿Y sabes de las notas a mano que dejo entre las páginas de los libros? También pongo fotos de ellas en línea.

—Ah, ¿y la gente viene hasta aquí solo por eso?

—Bueno, no solo por eso. Soy muy activa en Instagram. Usualmente subo un saludo cálido durante la hora más activa de la mañana. O un libro que estoy leyendo. A veces comparto pequeñas quejas de la vida. Ah, y más saludos a la hora de salida del trabajo, mientras la gente vuelve a casa en el transporte.

—Lo que pasa en el cerebro de la gente joven me supera. ¿Para qué viajar tan lejos solo por eso? Bueno, como sea, es maravilloso. Pensaba que solo te sentabas como un maniquí, pero parece que estás haciendo algo.

No había mucho qué hacer cuando algo no le importaba, pero una vez que comenzaba a importarle, el trabajo era infinito. Desde el momento en que ingresaba el código para abrir la librería hasta que cerraba al final del día, sus manos y pies no

estaban quietos un solo momento. Cuando sus extremidades comenzaron a enredarse en sí mismas mientras hacía maniobras entre las órdenes de la librería y la cafetería que se apilaban, decidió que era tiempo de conseguir ayuda. Puso un anuncio de empleo para barista. Minjun llegó al día siguiente. El mismo día, tras dar un sorbo al café que el chico había preparado, quitó los anuncios. Comenzó a trabajar al día siguiente, cerca del primer aniversario de la librería.

Había pasado un año desde entonces. Minjun debía de llegar en cinco minutos. Como siempre, acompañada por una taza de su café, Yeongju se sumergiría en una novela hasta la una, cuando la librería estaba lista para recibir a sus clientes.